

Nada que declarar

El libro de Diana

LET
RA
S

Nada que declarar

El libro de Diana

Teresa Ruiz Rosas



Nada que declarar

© Teresa Ruiz Rosas

© 2013, Tribal, Perú Tambo Editores EIRL

NADA QUE DECLARAR

EL LIBRO DE DIANA

© 2015, Teresa Ruiz Rosas

Primera edición en España, junio de 2015

© Diseño de la colección y cubiertas: García y cía

© Ilustración de cubierta: Sergio Gay

© 2015, Ediciones Turpial, S. A.

Guzmán el Bueno, 133

28003 Madrid

www.turpial.com

Reservados todos los derechos

ISBN: 978-84-95157-82-9

Depósito legal: M-17619-2015

Impreso por Advantia, S. A.

Printed in Spain

*Para Teresa Cateriano Docarmo y José Ruiz Rosas,
para Livia Ruiz Rosas y José Enrique Chirinos,
para Selva Zuffo
y Camila Valdeavellano Eyde*

Y pondrá el silencio de su dignidad
con óleos quemantes el punto final.

CÉSAR VALLEJO

*The truly great writer does not want to write:
he wants the world to be a place in which he can live
the life of the imagination.
The first quivering word he puts to paper
is the word of the wounded angel: pain.*

[El verdadero gran escritor no desea escribir:
quiere que el mundo sea un lugar donde poder vivir
la vida de su imaginación.
La primera palabra convulsa que lleva al papel
es la del ángel herido: dolor.]

HENRY MILLER

No hay ni vuelta que darle, después de siete plagas y
un diluvio ciertas cosas tenían que cambiar.

ANTONIO CISNEROS

Lo importante es no tener
el tiempo acribillado de lagañas

LUISA FUTORANSKY

*I do believe, may be one day The Sun will rise
to wipe the tears of these Midnight Girls.*

[Tengo fe en que tal vez un día salga El Sol
para secar las lágrimas de estas Chicas de la Medianoche.]

G.M.B. AKASH

1. Y lo que allí compran es poder

Dianette Pöstges se despereza, felina, en su cuja de dos plazas tras una breve siesta, cama de lujo, camastro de lujuria, de asco, piensa, es joven, no conoce la palabra ignominia y por eso no la piensa.

Camastro de estiércol en que me embarro la existencia, ojalá se me parta en cuatro en la próxima tanda. Al abrir bien los ojos, toma conciencia de la fecha.

—Ocho de marzo —murmura entre dientes pasado un rato.

Acaba de atisbar un calendario piramidal de un estudio fotográfico recostado sobre su mesilla de noche. Ocho de marzo de 2006, que no le dice nada, apenas le recuerda que es un día más de un mes más de un año más sin que su putrefacta vida cambie. Cierra de nuevo los ojos ajena a la hora y enciende el radio portátil al tacto. Lo tiene sintonizado en la emisora que transmite dos horas en español y ofrece música latinoamericana, a veces peruana, como hoy, que ha pillado *Hora latina*, el programa de Lorena Marín, su voz amiga. Se me van los pies, escucha cantar por Radio Multikulti. Y se incorpora de golpe porque el corazón le da un vuelco. Es como volver a su elemento natural tras una larga odisea. Sube el volumen y tararea. Y le dan ganas de bailar, se le van los pies, uy, se le van. Queridas amigas radioescuchas, hoy 8 de marzo, dice la voz familiar de Lorena Marín, es una fecha grande para todas nosotras. Tenemos la alegría de celebrar el Día Internacional de la Mujer, nuestro día. Y me complace presentarles, por tan especial motivo, una selección de temas de Susana Baca, extraordinaria cantante afroperuana que muchas de ustedes conocen. No es primera vez

que ofrecemos en este espacio de *Hora latina* canciones de su maravilloso repertorio. Cierto, piensa Dianette, tú y yo, Lorena, ya lo celebramos el año pasado, a nuestro modo, 8 de marzo de 2005. Con música de Juan Luis Guerra y de Juanes. ¿Cómo será Lorena Marín?, se pregunta entre bostezo y bostezo, ¿qué edad tendrá? Y piensa que, sea como sea, tenga la edad que tenga, es su mejor amiga desconocida desde el descubrimiento fortuito que hizo una mañana de insomnio del frío invierno de 2004 en la vivienda de la Krähnestrasse.

Murat Bulladar o Ballentino o como mierda se llame el mierda se había ausentado por día y medio que al final fueron tres y a ella tanto le daba. Al contrario, se alegraba más cuanto más se ausentase porque significaba mayor descanso para ella, que buena falta le hacía. Y desde entonces, en la pieza 31 del Edificio o en la Krähnestrasse, en las esporádicas ocasiones en que coincidía con *Hora latina*, la cálida cadencia colombiana de la voz de Lorena Marín ha sido su melodía cómplice, interlocutora respetuosa de su mudez que jamás le pidió explicación alguna. Eso valía.

—Susana Baca no puede acompañarnos hoy en persona. Por eso quiero revelarles a todos ustedes, con sus palabras, que los ritmos de sus canciones llevan la fuerza vital y primaria de los diferentes ritmos presentes en el variado mundo de la cultura peruana, que es su cultura —escucha Dianette Pöstges el elogio que hace Lorena Marín a su paisana y se asoma a la ventana que para el mundo exterior es un número, el 31.

Echa un vistazo al trajín imparable de la estación de ferrocarril; qué grande es, por Dios, cuánto tren, qué manera de viajar esta gente a toda hora.

—Están los ritmos ancestrales de los abuelos que nos cuentan su historia —escucha Dianette ahora con la mirada fija en el vaivén de los trenes— y los ritmos mestizos de las procesiones religiosas, como nos dice Susana Baca en el folleto que ilustra su último compacto. Y están también los cadenciosos que buscan la palabra en la poesía, y está el ritmo eterno del corazón y la fiesta; pero nuestro desafío mayor,

recuérdelo bien radioescuchas de habla hispana en Alemania, es lograr el ritmo único de la libertad, que es quizás como el aire en las alas de los pájaros al volar. Nos lo dice Susana Baca...

Aún apoyada en el alféizar de la ventana 31 del Edificio, Dianette Pöstges ha empezado a llorar un llanto que poco a poco se ha hecho compulsivo, con una amargura como si acabasen de enseñarle a llorar y ella se empeñase en demostrar su aplicación en lo aprendido. ¿Pero demostrárselo a quién si ahí está sola? Y pondrá el silencio de su dignidad con óleos quemantes el punto final, escucha y piensa que va a memorizar esa frase aunque no termine de entenderla: y pondrá el silencio de su dignidad con óleos quemantes el punto final.

Me lo canta a mí mi paisana con su voz sedosa y honda, se dice Dianette desde sus sollozos como si descubriese la pólvora.

A mí Susana Baca... para que la oiga, a la única zamba peruana que hay aquí y en cuchucientas millas a la redonda.

Con óleos quemantes el punto final. Y justo dentro de tres meses es mi cumpleaños, recopila con el paquete de pañuelos de papel en la mano y algunos gemidos que se desvanecen entre el ruido incesante de los trenes. ¿Por eso me lo estará cantando Susana Baca? Me voy para los veintiuno si las cuentas no me fallan. Qué me van a fallar, concluye, si el cerebro me lo han dejado intacto aunque ni se enteren.

Si hubiese nacido en los tiempos de mi madre, decide soñar un rato con los ojos todavía empapados, recién el próximo 8 de junio sería mayor de edad. Entonces haríamos una fiestecita con toda la familia, con los vecinos de Cajamarca, y mi madrina y mi padrino segurísimo, era el único día del año en que los veía. Diani cómo has crecido, cada año que cumples más buenamoza, Diani, hay que ver, comadrita Ariela, qué guapetona nos ha salido la Diani; y nunca les he escrito, ni

una postal, qué les voy a escribir, qué les voy a contar de esta vida y esta ventana número 31. O del departamento de la Krähnestrasse que al comienzo tomé por nido de amor, bien cojuda yo, donde hace rato que me estará esperando Murat Bulladar o como se llame el zángano. Que espere sentado, que crea que estoy en funciones, así dice Pusy Banda, la dominicana de la 13.

Encima se ríe, la monga, es más monga la Pusy...

Como si hacer de puta fuera un honor, un cargo remojado en distinción. Remojado en el semen del prójimo más repelente es lo que es. O que piense, Murat, que me he quedado dormida como ayer. Acaso no son demasiadas horas. De carga. Demasiados polvos para un solo cuerpo, una sola vagina, en un solo día.

Más sorprendido estará el serbio que me debe vigilar hoy. Bah, los matones son los más acostumbrados a esperar, para eso les pagan su plata, y hasta el último céntimo de lo que les pagan para eso sale de nuestros cuerpos zarandeados. Y si les vacila o no pasarse siglos a la espera a mí qué me importa.

Una fiestecita pobretona pues, me harían el 8 de junio si pudiera estar allá, se entrega Dianette Pöstges con cierta pereza en el alma a la vana especulación, un tonito modesto con tacu-tacu y causita de atún de lata; y de bebidas, chicha morada de sobre y para el brindis unas chelas. Pero contentos, te deseamos lo mejor para tu vida, Diani, y los cajamarquinos de al lado dale que te pego con que recuerda Diani que lo mejor es siempre hacer las cosas con despaciedad y calma, que la apurancia trae la confusión.

Después a tocar cajón, a bailar el alcatraz, Diani, tú lo bailas como nadie, a darle a la zamacueca, eso, Diani. En cambio aquí, qué voy a celebrar a estas alturas. ¿Haber tenido la estrella de nacer veintitrés años después que Ariela Dueñas de Postigo, mi santa madre, y a los dieciocho poder mandarme mudar sin pedir permiso a nadie? ¿Haberme mandado mudar con una apurancia loca, incomprensible, ofensiva, a los dieciocho recién cumplidos, recién sopladas

las dieciocho velitas sobre la torta moca que me hizo mi madre, mi torta favorita, que siempre le salía para chuparse los dedos porque me la hacía con todo su cariño? No me hagas reír, Dianette, que estás hablando con el alma en pena de Diana, la que no pasó de los diecisiete, Diani Posti para los carnales. Y ellos, mi familia, mi madrina, padrino, los míseros y alegres vecinos, que entre zamacueca y zamacueca me lo hubiesen deseado de verdad, Diani que seas muy feliz aunque no sea a nuestro lado, ya no me lo pueden desear, lo mejor para mi vida. No me pueden desear nada en absoluto porque hacen casi tres años que no me ven el pelo. Ni siquiera pueden sospechar la clase de confusión con que me arruinó la vida la apurancia aquella de partir sin el consentimiento expreso de mamá, sobrecogida ella de tristeza, y para la furia aguantada de papá, que yo lo veía contenerse como una fiera enjaulada y pensaba no se vaya a poner violento, papacito, es el destino que me ha tocado y contra la fuerza del destino dicen que no hay violencia que valga.

No se pueden ni imaginar allá en el Rímac que, sin habérmelo deseado nadie nunca, es como si ellos hubiesen invocado con todas sus fuerzas lo-peor-para-mi-vida.

—Un día como hoy, hace ya veintitrés años, el 8 de marzo de 1983, la agrupación de mujeres Rote Zora, ligada a la escena autónoma de izquierda de Alemania federal, colocó una bomba en la oficina de Colonia de un sujeto que respondía al nombre de Franz-Josef Maschmann. Las amables radioescuchas y los amables oyentes se preguntarán por qué un acto así. Nosotros en *Hora latina* repudiamos como siempre lo hemos hecho toda manifestación de violencia —dice Lorena Marín desde Radio Multikulti y Dianette piensa que aquella periodista sabe hablar bonito, sabe tocar las fibras de la gente—. Por eso queremos aclarar que Rote Zora, que se definía como grupo radical mientras existió, no extremista, en cada ocasión se cuidó de no causar daños físicos a personas, por mínimos que fueran. Sus acciones y los consiguientes daños materiales fueron, sin excepción, de carácter eminentemente simbólico. Consideremos ahora el trasfondo de

los hechos en este caso. Para su información, leales oyentes de *Hora latina*, la oficina de Franz-Josef Maschmann estaba inscrita en el registro comercial de Colonia, la ciudad más grande de toda Renania, como agencia de viajes. En la práctica, digámoslo con claridad como nos hemos expresado toda la vida en *Hora latina* de Radio Multikulti — Lorena Marín se enardece, sube la voz, destila indignación —, la agencia de viajes del temible delincuente, a más del negocio turístico y coartada perfecta, se dedicaba por lo bajo al tráfico de mujeres procedentes de Asia, en su mayoría filipinas.

Cuando nos despedimos en Lima, ¿en qué quedamos, mami? Dianette se ha recostado con los pies en alto en la cuja de dos plazas de imitación madera (que detesta). Quedamos en que al año, a más tardar, iría en las vacaciones, rememora sin tapujos. ¿Qué vacaciones?, sería bueno preguntarse, ¿cuándo?; creo que mamá, si en algún momento se hizo alguna ilusión al ver que pasaban los meses y yo no iba ni por Navidad ni por Fiestas Patrias ni en octubre para la procesión del Señor de los Milagros, fue que su Diani se iba a casar con el hombre que se la llevó con tanta apurancia al primer mundo, así me lo había dicho Murat Bulladar, vas a pasar del tercer mundo derechito al primero, Diosa de las Tinieblas, como por un tubo, y así se lo había repetido Diani Posti a su abnegada madre sumida en la tristeza por su partida. ¿Acaso una planchadora de la misma lavandería para la que plancha mamá, que vive en El Agustino, no le había contado, Arielita imagínese usted qué tal suerte, que su sobrina se había matriculado con un alemán que la conoció en una peña del centro, y se la llevó rapidito y resultó buen hombre el hombre y la chica ahora estaba encinta y todo? Y que le mandaron el pasaje a la mamá para la ceremonia de la boda y la señora viajó en avión por primera vez en su vida, bien emocionada, con su vestidito lila de encaje en la maleta, que una costurera de su barrio se lo cosió a medida, bien elegantón y coquetón. Por qué Ariela, pues, no iría a acariciar la ilusión de que cual-

quier día, juácate, su Diani le enviaría un pasaje de avión para asistir ella en persona a su matrimonio con el extranjero aquel, o de repente dos, uno para ella y otro para su Orestes, que me llevara del brazo al altar como en las iglesias antiguas de Lima, que solíamos mirar con Raquelita o Carmela o las tres hermanitas zambitas bien arreconchumaditas desde una esquina y que mamá igual habrá mirado de joven, no me va a decir que no. Del brazo el padre a su esbelta hija Diani vestida de blanco, hecha un primor, dichosa. Se le habrá desvanecido a poquitos, la ilusión.

Susana Baca, con su voz dulce y portentosa, canta que las caras lindas de su gente negra son un desfile de melaza que cuando pasan frente a ella se alegra de su negrura todo el corazón. Que las caras lindas de su raza prieta, canta (y Dianette piensa con tristeza mamá ya ni me pregunta cuándo me caso ni si me caso o no), son las verdades que la vida reta, pero que llevan dentro mucho amor. Entonces es que Dianette cierra pausadamente los ojos y ve a Diani Posti como en una película en blanco y negro. La agrupación Rote Zora no es del todo desconocida para ustedes, dice Lorena Marín desde el transistor y el acento colombiano llega difuminado a los oídos de Dianette. Es por los años que Lorena Marín lleva de locutora en Alemania; los primeros cuatro transmitía *ad honorem*, contó el director de Radio Multikulti en un programa dedicado a los comienzos de *Hora latina*.

—Ya recordamos dos *visitas* simbólicas de la valiente agrupación —dice Lorena Marín— a dos peces gordos del mercado del tráfico de mujeres, en la década de los ochenta, que lograron sensibilizar por unos días a un sector de la opinión pública sobre la existencia de esta vergonzosa práctica.

Dianette vuelve a cerrar los ojos. Qué se imaginará, si creará lo de que soy dependienta en una zapatería que aquí las hay a montones, le escribí, aquí la gente se compra zapatos nuevos cada que cambia un poco el clima, mami, así le puse. Esto por lo menos es verdad. Pero ella ya no me cuenta casi nada de cómo están todos, me agradece apenas los trescientos euros que le hago llegar cada tres meses. Trescien-

tos setenta miserables nuevos soles al mes que significan no me preguntes demasiado, madre, que soy incapaz de contar-te una ñisca de lo que me pasa, de cómo me ha salido el tiro por la culata con el tipo malvado que ni te llegué a presentar, mami, si supieras cuánto me pesa, pero estos billetitos quizá te saquen de algún apuro o te permitan llenar un poquito mejor la canasta del mercado y entonces pienses en mí con cariño y nada más. Y al regresar a la casa me dediques una oración. Un padrenuestro y un avemaría para mi Diani, que tanta falta me hacen, mamita. Hoy también es tu día, 8 de marzo. Porque si un tipo se dedica al tráfico de mujeres, muchísimas de ellas menores de edad, Lorena Marín se sulfura, se exalta como político, piensa Dianette, eso no desata el rechazo público, sino que pasa desapercibido o resulta indiferente y continúa en la total impunidad para eterna memoria, mientras que si se le prende fuego en una esquina a su costoso coche, comprado, dicho sea de paso, con las pingües ganancias de ese tráfico ilícito y encubierto y sin la menor ética, ahí sí, ahí el acto causa un repudio de pronto generalizado y entonces la necesidad de dar un castigo ejemplar se legitima de inmediato y la sociedad castiga con su gran aparato de justicia. Cuánta palabra difícil, se dice Dianette, tremendo vocabulario que maneja esta amiga Lorena. ¿Qué injusticia es mayor y más urgente de penar?, interroga esta amiga ahora al mundo, o al aire, que vienen a ser lo mismo. ¿Qué injusticia es inconmensurablemente mayor?, se preguntarán muchas amigas y acaso amigos oyentes, dice, como me lo pregunto yo por supuesto. Hoy con mayor razón. Hoy es un deber cuestionarlo.

Dianette estira el brazo derecho, parsimoniosa. Mira en torno como si alguien más pudiese hallarse en su pieza 31 y ella necesitara cerciorarse de estar sola. Entonces toma a tientas una caja de zapatos forrada con papel dorado chillón que reposa bajo la cuja para prestar servicios, como dice Pusy, la dominicana de la pieza 13, cuando no dice para estar en funciones, con esa risita bien boba, que deja al descubierto hasta los dientes que le faltan, en su afán de dar categoría a como

dé lugar a esta cochinada. Palabras para falsas, prestar servicios, como si alguien me devolviera algo de lo que se queda de mí en los asquerosos servicios, piensa Dianette, como si yo hubiera querido servir así a estos puercos, un solo día, un solo minuto de mi vida.

Se incorpora a cámara lenta e instala la llamativa caja sobre sus rodillas color aceituna de Ica al sol (lo decía en Lima su amiga del alma, Yani Carpi, que se mudó a Chíncha, tus rodillas, Diani Posti, son del color de las aceitunas en mi tierra cuando les da el sol, y ni más se volvieron a ver, qué habrá sido de Yanet Carpio), que contrastan con el color de la caja, sus espléndidas rodillas que Dianette se cuida de encremar en cada aseó como una manifestación de dignidad.

Levanta un momento la cabeza, el espejo colocado bajo el cielo raso a todo lo largo y ancho de la pieza se las devuelve, le regala la imagen de las rodillas más hermosas del Edificio, al César lo que es del César. Dianette las contempla. Suele mirarlas embelesada como si no fueran tuyas. Lo dicen todas, ella sabe que hasta las envidiosas de las rusas que se asoman en tanga con aplicaciones fosforescentes a las ventanas 54, 64, 74, 84 y 94 lo dicen, qué rodillas tan perfectas le han tocado a esta negra; hay unas moscovitas en la 74 y la 84 que son la codicia en persona, en especial la de la 74, de piel tan blanca que parece pintada con tiza, su fiel Vika Wielki, su vecina de la 21, le ha contado lo que hablan en su ruso de baja estofa, las loras. Y Vika entiende todo lo que rajan las moscovitas y las rusas que sea cuando tiene ocasión de escucharlas porque es ucraniana y sabe un montón de ruso desde chiquita. Y Dianette le entiende a Vika su alemán rudimentario pero contundente, más rico y más claro que el parco alemán de fuerte acento latino de ella, Vika es bien mosca para los idiomas.

Las mira de nuevo, son divinas sus rodillas que le han valido el nombre de pila de Dianette en el ambiente (del Edificio), porque todititos los modelos de calzado desnudo que ha tenido a bien adecuar a sus pies de negra que no es (moscovitas ignorantes las de la séptima planta, piensa, parecen

chunchas, ni tampoco es mulata como creen todos, es zamba de pura cepa) lucen de película coronados por sus espigadas rodillas. Que en sí son las partes más feas de la anatomía, afirma Amanda Coração, la brasileña de la ventana 47, al ritmo del meneo de sus nalgas de sandía, esa sí es mulata de adiverzas, mulatón ricotón con tamaño tarro que dirían en el Rímac en cada esquina y la seguirían como contó Lynda White, la maltesa de la 15, que siguieron los niños a un flautista hace cuchumil años en una ciudad de por aquí. Gasta unas rodillas horribles eso sí, Amanda Coração, con unas cicatrices rarísimas, que dice que son de una caída en su tierra.

Dianette se llama en el lluvioso país donde he caído yo por terca a un tipo de sandalia de tirilla, madre, que deja los dedos al descubierto, como este modelo que guardo como oro en polvo, tendría que contártelo, murmura Dianette Pöstges para sus adentros y saca las sandalias de la caja dorada, que trajo la víspera a su pieza 31 del Edificio, ya ni sabe por qué; la suele tener en el departamento de la Krähnstrasse.

Podría empezar por ahí a contarte cosas, mami, por explicarte lo que es una *dianette* en esta rica Alemania de pulpos que es la única que conozco desde que tú y yo nos despedimos aquel 13 de junio de 2003 en que tratábamos de ocultar nuestros lagrimones como si no hubiésemos tenido ningún motivo para rociarlos así. Y como su nombre de pila original es Diana, parecía predestinada a volverse Dianette un día, piensa de pronto como si se tratase de otra persona, así la amargura no la estremece tanto. Dianette de Düsseldorf, quién te viera y quién te vio, quién supiera en el hediondo Rímac a qué te dedicas.

En su país de residencia (es un decir, ni que tuviese permiso de residencia en Alemania, autorización de permanencia o siquiera visado al día, ni que supiese qué tendría que tener, ni que a esa ventana 31 y a esa pieza donde se pasa dos tercios de vida fornicando con el prójimo pudiente fuese dable llamar residencia), Dianette es un nombre exótico, de

timbre seductor y femenino, que junto a ese apellido, Pöstges, nadie asocia con una vulgar sandalia para bambolearse en verano en cualquier balneario. Ni siquiera con un sofisticado diseño calado para desfilas en una pasarela como desfilan las modelos más cotizadas del gremio y muchísimo más flacuchentas que ella en Düsseldorf en primavera y otoño en que se repite la famosa feria esa: Feria Mundial del Calzado. Una vez, un tipo rubio con la cara llena de granos y adicto a la felación dejó en la pieza 31 de Dianette una bolsa con una sarta de prospectos, algunos también en español, por eso ella estaba tan bien informada con fechas y todo. Los guardó y de tanto en tanto los mira para distraerse y ahí es donde ha visto las fotos a todo color de las flacas. Y que las hacen mostrar a veces unos diseños preciosos de zapatos, ha visto, tan lindos que la transportan por instantes a otros espacios, otros suelos, otras y mejores personas a su alrededor.

¿Iría el tipo metido en el negocio de las tabas donde ella solo por llamarse Dianette?, se preguntó entonces y ahí quedó, en el fondo le daba igual, era una pregunta surgida del aburrimiento, de la desidia que provoca la rutina, por atroz que sea, cuando no se puede zafar de ella en la vida real. El graniente asistente a aquella Feria Mundial del Calzado, Dianette ya no recuerda si fue en primavera u otoño, el hecho es que casi se tropieza al entrar, borracho como una cuba. En fin, lo que está claro es que nadie ajeno al ramo de la zapatería asocia el nombre de Dianette con un objeto para pisar sino con una hembra quizás afrancesada, desenvuelta. Que en la práctica sea un objeto y además pisoteado es otra cosa, piensa con un dolor que a ratos se adormece y a ratos es una escaldadura en potito de guagua. ¿O cree la mulata esta Amanda Coração que, al tener colgada de su ventana 47 la bandera de Brasil para el próximo mundial de fútbol, es una ocupación digna ser puta en el extranjero?, se dice Dianette Pöstges mientras ve pasar un tren de alta velocidad. Esos le gustan a ella; imagina que al ser más rápidos es más difícil divisarlas desde las ventanillas, humillándose ahí a la vista de todos, ofreciéndose como premio en tómbola de parque

de diversiones, cada ramera a medio calatear en su ventana numerada y el número mucho más grande que su cara. Y tampoco es que a ella se le ocurriese ese nombre ni tan alejado del de Diana Postigo, el auténtico. De dónde se le iba a ocurrir. Dianette Pöstges se lo plantificó Murat, conocido en el vil Edificio de las 100 Ventanas como Murat Ballentino, un rufián más, el suyo. Y si el nombre de pila es Murat no lo sabe con seguridad un alma en el ambiente.

—Zamba malató —canta Susana Baca, y el trío de fondo corea—, landó.

¿Por qué no me lo preguntas de frente, madre, a qué me dedico? Ya te habrás dado cuenta de que tus cartas y las mías pasan por el filtro de Murat Bulladar, que es como te dije que se llamaba. Veamos el caso de otro zafio de monta que figuraba con el nombre de Ingo Pultz, refiere Lorena Marín desde la emisora y Dianette se muerde ahora los labios carnosos con furia. Su inscripción oficial en el registro hamburgués era de «intermediario de direcciones para amistades epistolares, enlaces matrimoniales, viajes y publicidad en casas comerciales». Todo legal, en apariencia. Rote Zora, estimadas y estimados radioescuchas, consiguió destartalar aquella empresa, pero el inescrupuloso sujeto continúa ofreciendo por lo bajo dos mil direcciones con fotos y currículum vitae de mujeres asiáticas bonitas, obedientes y calladas.

Dianette se pregunta en qué país del mundo lo tendrán peor las mujeres que nacieron para ser desgraciadas.

—Recordemos que la OIT, Organización Internacional del Trabajo, con sede en Ginebra, señala como tratantes —escucha con la desazón de ser protagonista involuntaria de ese fenómeno, que hasta hace menos de tres años ni sabía que existía— a los que reclutan a las víctimas, a quienes las trasladan y las acogen, a los que las controlan así como a quienes las comercializan.

Mi calle del Rímac huele a basura, piensa Dianette apoyada de nuevo en la ventana 31, huele por donde se le respire a esa pestilencia, suma de un montón de olores acres y

fétidos, y que me parecía engomada al aire de la ciudad cuando no me iba bien lejos del barrio, que me iba poco, y que sin embargo no alcanzaba a rozar las fosas nasales de las damas y caballeros que llegaban en sus tremendos carrazos para asistir vestidos a todo trapo a la Plaza de Acho en la temporada taurina, a quince largas cuabras de mi casa. Bien que nos escapábamos con Yanet en octubre a mirarlos entrar de lejos, las dos zambitas Yani y Diani muy juntitas de la mano. Yanet Carpio vivía en Breña y de ahí tomaba su micro, rapidito, con tal de verlos, así serán los desfiles de moda, Diani Posti, nos estamos ganando con un *show* en vivo y en directo. Y otras veces me decía esos pitucos creen que el Rímac solo es eso y la Alameda de los Descalzos, y parece que viviéramos en continentes distintos con un océano de por medio, a ver dime, Diani Posti, en qué nos parecemos a ellos, y yo le decía aquí tú y yo lo que parecemos es caídas de otro planeta, por eso es que no debemos soltarnos la mano por nada, Yani Carpi.

—La zamba se pasea por la batea —canta Susana Baca, salerosa.

Y Dianette tararea y siente que la radio está conchabada con el destino. Y que en este otro continente, siente, con el océano de verdad de por medio y sin saber ella nada de Yani Carpi, porque su familia se mudó a Chíncha justo cuando cumplimos las dos los dieciséis y nunca logré ir a visitarla, lo siente porque toma aire, en este otro continente esta calle de Düsseldorf donde me pudro en vida huele a orines. Aunque no tan fuerte como el olor de la puerta del Estadio Nacional de Lima cuando fui con Coquito, que es híncha del Alianza y quería conocer a toda costa el estadio por fuera: Ya pues, Diani, llévame ya que no podemos comprar entradas, que para algo eres mi hermana mayor. Y tuvimos que echar a correr apenas se abrieron los portones, los tipos se me abalanzaban como dicen que se abalanzan los cóndores sobre un burro muerto.

—Zamba malató, landó, bailando se menea, a la mucurú, a loña loña. A la reholé.

Dianette Pöstges no duda que ese programa se dirija a ella, a que dé un cambio radical en su vida, si no hoy, que hoy tome la decisión; hoy o nunca. A la recolé, hoguerequeté, baborishá, repiten Susana Baca y su trío a todo volumen. Porque esa es ella, la zamba malató. No mulata como dicen en El Edificio. Esa chusma no tiene idea, Dianette es zamba de purísima cepa como lo es Yanet Carpio, su pata del alma de cuando eran quinceañeras y felices a su modo aunque odiaran la miseria.

Lorena Marín refiere que una oyente de Siegburg se interesa por el significado del término zamba. En tiempos de los viajeros europeos de dos siglos atrás, dice la locutora colombiana, el estudioso alemán Ernst von Middendorf describió al zambo como un cruce de indígena y africano, lo que en jerigonza de la colonia llamaban de inga y mandinga. Qué van a saber todo esto aquí, piensa Dianette Pöstges. Para ellos, la Dianette que conocen es la mulata sudamericana que está como un tren de estos que veo pasar cada minuto, de rodillas sensuales y en la flor de la edad, que depara ingresos superlativos en El Edificio. Un tren esquelético, diría yo, piensa el tren, pero así las prefieren los tipos aquí, a nadie se le ocurre gritarte por la calle échale más papitas al caldo, mamacita rica. Les gustan las flacas. (Aunque Lynda White, la maltesa de la ventana número 15, asegura que cuando ella llegó, en el siglo pasado, les gustaban las llenitas). Y una Dianette Pöstges es tan mulata y tan sudamericana para ellos como Amanda Coração, la carioca del trasero de globo terráqueo, que por eso mismo es que la hacen asomarse de perfil y a veces de espaldas a la ventana 47, solo que Dianette es menos nalgona. No se imaginan que llamarla mulata es tan postizo como Dianette y como Pöstges, como sus uñas de acrílico y sus pestañas y sus extensiones de cabello color camote, o tan profesional, dicen ellos (como sus uñas de acrílico y sus pestañas y extensiones de cabello), pues si alguien se adentrase en su armario de caoba falsa y sacase el carnet escolar peruano que la joven conserva celosamente en los últimos dos años y medio en una cajita de puros (el rufián se cuidó

bien de quitarle el documento nacional de identidad junto con el pasaporte y la libreta militar apenas se instalaron en la Krähnestrasse) vería que responde al nombre de Diana Postigo Dueñas y es natural del Rímac, provincia de Lima, República Peruana. Nombre con el cual, en el oficio que ejerce (palabras de Pusy Banda, ventana 13) parece ser que no habría llegado demasiado lejos. Si a esta cárcel numerada del 1 al 100 y con vistas a toda la gama de trenes alemanes como si fueran las olas del mar se le puede llamar demasiado lejos, piensa Dianette. Demasiado lejos del Rímac, sí. Demasiado lejos como para que mis hermanos se consigan una collera de temer y me secuestren.

Lorena Marín le abrió los ojos un año atrás, en su emisión del 8 de marzo de 2005, por el mismo Día Internacional de la Mujer, en la que entrevistó a una periodista renana llamada Alice Schwarzer y la alemana repuso, a propósito de esta situación que concierne a Dianette Pöstges como a sus noventa y nueve vecinas del inmueble sito en una calle düsseldorfesa con penetrante olor a pila, que lo que allí compran los hombres no es sexo, sino poder. Que lo que enciende a los clientes es su poder de mando y el servilismo de ellas. Esas dos frases, que Lorena Marín tuvo la precaución de repetir tres veces en español para que ninguna, ningún oyente se quedara sin entender a cabalidad (la interpretación consecutiva de la entrevista iba un tanto rápida), fueron el motor que a Dianette acabaría cambiándole de nuevo la vida.

A partir de entonces ha pensado en su contenido a la hora de, y hasta hoy siempre ha quedado demostrada su veracidad. Compran poder, eso mismo, o en cualquier caso es eso lo que pretenden comprar, lo que juran que están comprando. Ni que esa señora Schwarzer, nacida en Wuppertal, según dijo Lorena Marín, también hubiera estado metida en este barro, pensó Dianette, bastante aturdida, si no cómo lo sabe tal cual. Alice Schwarzer hizo unas declaraciones más y Dianette captó que era cierto cuanto logró entender. Qué bien

le cayó escucharla. Que alguien, sin conocerla ni en pelea de perros, sin siquiera tener que verla a la cara, le explicase a Dianette Pöstges lo que Dianette Pöstges hacía. Pero de qué me ha servido, recapacita la joven expatriada y recluida tras un número fácil de memorizar, al cepillarse los dientes a conciencia, de qué si sigo aquí enjaulada. Soy la misma esclava que a la semana de llegar, la misma puta de la ventana 31 que hace un año, cuando escuché hablar a la periodista que no tenía pelos en la lengua.

Y estoy más humillada. Con trescientos sesenta y cinco días más de humillación a costas. Porque crece con los días como los bebitos de pecho, la humillación.

Eso no lo dijo Alice Schwarzer pero lo sé. Y lo sabe Vika, mi vecina de ventana, la única amiga que tengo en este continente. Una gran noticia en nuestro Día Internacional de la Mujer de 2006, informa Lorena Marín, un paso concreto y digno de urgente imitación, es que en el país escandinavo de Suecia está tipificado hoy como delito no solo ejercer la prostitución, sino consumirla. Digo que es una excelente noticia en esta jornada de reflexión pues sabemos que la trata con fines de explotación sexual existe en la medida en que es sostenida por un mercado de consumidores, los llamados clientes, que en buena cuenta son los creadores de esta demanda. Recordemos, queridas radioescuchas, que en todas las latitudes siguen siendo mujeres, muchas de ellas niñas, sí, niñas a veces púberes, las víctimas más numerosas de prostitución forzosa. Un solo ejemplo para que se hagan una idea del volumen del crimen que se extiende y casi siempre queda impune: Acción por las Mujeres en Situación Precaria, organización dedicada a la lucha contra la trata, refiere la llegada a España de medio millón de mujeres con destino al mercado sexual, procedentes la mayoría de Nigeria, Colombia, Ecuador o el Este europeo, quinientas mil. Un regalazo el 8 de junio, de mí a mí, resuelve Dianette Pöstges con firmeza, para recibir mis veintiún años como gente.

—Una pausa musical y regreso —escucha que anuncia Lorena Marín.

Un regalo especial para empezar a construirme una dignidad, aunque sea inventada, para no volver a tenerme asco, recopila Dianette al asomarse de nuevo a la ventana que ostenta un 3 y un 1, que ella ve por detrás, y darse de plano con el paso de los trenes.

—Excelente noticia desde Estocolmo estimadas oyentes y amigos que me sintonizan —Lorena Marín ha vuelto a tomar el micro—, porque esta lacra que maquillan con el nombre de oficio no solo se rige por la ambigua balanza de la oferta y la demanda, sino que la demanda se exime de responsabilidad en la práctica de sexo comercial con niñas, niños y adolescentes. Cito de una valiosa investigación realizada en Perú hace menos de un año: «Al ser una transacción comercial, los usuarios se sienten con derecho a disponer de lo que han comprado y no consideran que la situación sea violenta ni mucho menos que vulnere los derechos humanos, por obvio que sea». Y aquí en Alemania, al ochenta por ciento de la población le parece normal que haya gente que se prostituya, dice una encuesta reciente. De trescientas sesenta mil mujeres en tal situación, según especifica la encuesta, más del sesenta por ciento son extranjeras.

Ya, piensa Dianette, y en este Edificio todavía más, no hay ni quince ventanas ocupadas por autóctonas, que yo sepa. Cifras aproximadas, claro está, explica Lorena Marín, porque hasta en los burdeles, que desde el 2002 son legales en este país, a las mujeres que se venden a la fuerza, a menudo menores de edad como hemos tomado nota, siempre consiguen esconderlas de la policía cuando hay una redada. Cifras, pues, para la reflexión quería yo decirles, al margen de su carácter relativo...

Un regalo distinto y especial, que marque la edad simbólica que cumplo, fantasea Dianette, si es que la cumplo.

E intenta meterse en la piel de Diana Postigo como quien busca el modo de ponerse un viejo disfraz empolvado, abandonado en el baúl de un desván. Un regalo que mate a Dianette Pöstges y resucite a Diani Posti tal como era en la edad de la ilusión.

—Y el concepto de hacer o no a la fuerza, queridas radioescuchas, también es muy relativo —continúa Lorena Marín—. Echemos un vistazo al último Informe del Consejo Económico y Social de Naciones Unidas, de la Comisión de Derechos Humanos, emitido hace diecisiete días: «La mayor parte de la prostitución en todo el mundo suele reunir los requisitos para que pueda ser considerada trata de seres humanos. Es raro dar con un caso en que los motivos que llevan a una persona a practicarla, y sus experiencias en el lenocinio, no incluyan un abuso de poder, de vulnerabilidad o ambos, que deben entenderse también desde la óptica de las disparidades basadas en el sexo, la raza, la etnia y la pobreza» —lee Lorena Marín con bastante énfasis en los sustantivos.

—Sí que la cumplo —se dice Dianette en voz alta y mira un momento su radio portátil como a un interlocutor válido de carne y hueso—. Me voy a esmerar, y será con la frente en alto, dueña de mis pasos, de los latidos de mi cuerpo —recita con su voz ronquecina y sedosa a la vez, de *blues*, como si debutase ante un auditorio—. Nunca más me dejaré tentar por la idea de saltar desde aquí para convertirme en unas marcas con tiza en la pista inmunda, unas señas que a más tardar al día siguiente habrán desaparecido. Ya no. Mi paso a mejor vida no se reducirá a que burócratas desconocidos, que quién sabe si en su día libre vayan o no de putas, vengan o no de putas a este inmundo Edificio, se limiten a marcar dónde cayó mi cuerpo abatido hecho cadáver o adónde salió disparada alguna de mis extremidades o vísceras si justo pasa un camión por la calle de los meados, como se le escapó contar a Lynda, la maltesa y decana de esta casa, una vez que estuvo bien ebria la pobre.

Lynda White lo había visto desde su ventana número 15 una madrugada de espanto del siglo pasado y se acuerda con demasiada frecuencia, la infeliz, y con pelos y señales (y se le escapó, tenía la lengua desatada del todo). Pues yo te lo prometo, amiga Lorena Marín, en este Día Internacional de la Mu jer de 2006, se dice Dianette ahora en silencio. Te prometo

que no saltaré desde la ventana 31 del maldito y putrefacto Edificio. Yo seguro que no. Y tampoco me pudriré aquí por los siglos de los siglos, te lo juro por Ariela Dueñas de Postigo, que es mi madre.